

P. Guido Lebrecht



Ediciones Marana-tha

Padre Guido Lebrecht

*“Un hombre que vivió  
siempre al servicio de los  
demás”*

PADRE GUIDO LEBRET

Editado, impreso y distribuido por  
Ediciones Marana-tha Ltda.

1 Norte 549 Teléfono: 234428

Fono/Fax: 226565 - Talca

COD. IMC 101

Impreso en Chile

Printed in Chile

*“Que nadie busque  
sus propios intereses  
sino más bien  
el beneficio de los demás”.*

San Pablo a los Filipenses (11;4)

## Reseña histórica, del que fuera su Obispo por casi 30 años, Monseñor Carlos González C.

En el año 1952 llegó a Talca un equipo de sacerdotes de la Congregación Eudista para hacerse cargo del Colegio Seminario San Pelayo, actual Colegio Integrado.

Venía un sacerdote joven de 26 años que se llamaba Guido Lebret.

El equipo de sacerdotes asumió el Colegio pero faltaban profesores, y no había profesor de química.

A Guido Lebret le pidieron que asumiera estas clases y él honestamente expresó que no sabía química; pero asumió el ramo y empezó a estudiar la materia antes que sus alumnos y fue un buen profesor en esta materia para la cual no tenía ninguna simpatía.

Así era Guido. Asumía las tareas más impensadas y lo hacía con amor y fe. Era hijo de la obediencia y del amor de Dios.

Este rasgo muestra su personalidad, positiva, comprometida con la Iglesia y servicial.

Era una poesía. No es que escribiera poemas; pero su personalidad era una poesía, en la cual había santidad y exageraciones. Vivió soñando cosas imposibles, toda su vida fue la de un cristiano francés, invadido por la fe en Dios y animado por Jesucristo.

### Lo que se notaba. El servidor.

Guido fue un hombre marcado por la palabra "servicio". Después que los padres eudistas dejaron el Colegio él se quedó en Talca "para servir".

Soñaba con rescatar la dignidad de las jóvenes que eran contratadas para *la prostitución* en la ciudad. El foco de los

prostíbulos estaba entre las calles en la 10 Oriente entre 3 y 5 Sur. Hoy día sigue todo igual. Existen homosexuales y no faltan los que viven explotando a mujeres que se venden por dinero.

Guido Lebret emprendió la tarea de recuperar la dignidad femenina. Fundó una obra llamada "El Despertar" y él personalmente iba a rescatar especialmente a las jóvenes adolescentes traídas de los campos, en su gran mayoría para mantener a sus familias.

Guido vivió muchos años en esta tarea pastoral, con abnegación y cariño. Sabía que nunca se iba a terminar con la prostitución "la profesión más antigua del mundo", que nunca se ha abolido y siempre acompaña a la historia humana.

Sabía que esta tarea es equivalente a sacar agua con canastos, pero pensó que era un llamado de Dios y continuó en esta misión con su gran tenacidad de sacerdote bretón que equivale a porfiado.

Cuando fallecía alguna prostituta él era llamado para celebrar la Eucaristía y después de la Iglesia, en el camino al Cementerio, la tradición era que fuera en el mismo automóvil Guido Lebet y la dueña del prostíbulo. Recuerdo especialmente a la Sra. Inés. Ella iba al lado del conductor y Guido en el asiento de atrás. Otras veces Guido iba adelante y ella en el otro lugar.

Guido pasó a ser el cura de los prostíbulos con sus valores y con sus limitaciones. Había una sintonía y una misteriosa complementación entre la vida de estos establecimientos y el sacerdote que predicaba de moral y de justicia.

Cada año rescataba diez ó quince mujeres. Ofrecía casa, alimentación y posibilidades de estudios. Hubo matrimonios de jóvenes que se habían enamorado sinceramente de alguna joven del prostíbulo. Conozco algunos de estos matrimonios que han vivido con felicidad y armonía.

Había reincidencias y un tira y afloja entre la Iglesia y el poder que tiene la prostitución en Talca y en Chile.

Un mundo sórdido y difícil, con una red que se extiende por todo el país, con intercambios de ciudades, del Norte y del Sur.

Guido Lebret conoció este mundo. Era respetado y también odiado.

Falleció una señora dueña de prostíbulo, la Sra. Paulina, y Guido se opuso a su entierro en un templo católico. El cadáver de la Sra. Paulina estuvo recorriendo las diversas iglesias adonde llegaba Guido para oponerse a la ceremonia que finalmente se realizó a escondidas.

Pasaron años y Guido entró en una nueva fase con los *enfermos del hospital*.

Llegaba al Hospital de Talca cerca de las once de la noche y recorría las salas dando palabras de apoyo, el perdón a los católicos

y la santa unción a quienes se lo solicitaban. Después, cerca de las cuatro de la mañana, se dormía en algún banco del hospital. A las seis y media estaba celebrando misa ya fuera en las religiosas del Buen Pastor o en el Colegio De la Salle.

Trabajo silencioso y abnegado de todas las noches. Guido veía a Jesús en el rostro de los enfermos. Sostenía "que nadie puede morir sin los sacramentos".

Existe una curiosa clasificación de las personas. Se trata de los "facilitos" en contraposición con los "dificilitos". Guido siempre se preocupó de solucionar los conflictos que producen los "dificilitos".

Recuerdo dos ocasiones en las cuales yo, como Obispo de Talca, estaba muy complicado. Eran problemas sin aparente solución a no ser que se quebrara toda la cristalería.

Guido Lebret asumió estas dos situaciones difíciles, que por respeto a

personas ya fallecidas, no debo nombrar.

Se hizo cargo y en forma resuelta sacó la cara por su obispo y solucionó lo que requería prudencia y firmeza.

Era servidor en toda emergencia. Hasta aceptó ser pre-candidato a diputado por Talca para servir a sus amigos de izquierda quienes veían en él una carta de triunfo.

Al decirle que lo estaban utilizando políticamente me dijo: "Lo sé muy bien, pero todos nos utilizamos unos a otros".

No era "un tonto útil". Sabía que muchas veces se aprovechaban de él y seguía siempre creyendo en las personas, sin buscar medallas de reconocimiento.

En una situación difícil se buscó previamente a otro intermediario el cual llegó con la consabida frase "el mandado no es culpable" para quedar bien con todos y con nadie.

Guido jamás habría dicho esta frase, era recio, varonil y consecuente.

**Lo que algunos sabíamos. El buscador de Dios.**

Guido Lebrecht falleció el 13 de Julio del año 2000, a los 74 años de edad. Una persona atrayente, simpático, salido de los moldes clásicos y sin cara de cura.

Más allá de las apariencias había un buscador incesante de Dios. En él era real ese pensamiento de San Agustín *"tanto como he podido te he buscado Señor, colócame en el corazón el deseo ardiente de conocer tu rostro"*

Por eso se hizo sacerdote y por eso llegó a Talca. La gran pasión de su vida era estar cerca de Dios.

Lo conocí mucho antes de ser Obispo de Talca, debe haber sido en el año 1960, porque teníamos amigos comunes.

René Voullaune, Luís Rollier y Juan Saphores son nombres y rostros que para él y para mí significaban mucho. Eran los "Hermanitos de Jesús" que seguían los pasos del Padre de Foucauld que había mostrado lo que significa "el Absoluto de Dios" o sea que "Dios es Dios" y que "sólo Dios basta".

René Voullaune, el fundador, escribió un libro "En el corazón de las masas" y ese texto iluminó por muchos años al Padre Alberto Hurtado y a Don Manuel Larraín.

Guido recibió esta influencia y siendo por temperamento radical en sus decisiones deseó ser "hermanito de Jesús". Entró en esa congregación y fue enviado al desierto de Sahara para encontrarse con Dios en la soledad de la Arabia y en el cuidado de algunos camellos.

Buscaba a Dios, pero no pudo resistir el clima y la difícil vida de estos contemplativos y regresó a Talca.

Llegaron los años de la Unidad Popular

y de los militares. Guido optó por estar cerca de partidarios de Salvador Allende y después contra el General Pinochet.

Yo no lo apoyaba; pero siempre vi a un hombre honesto y abnegado que quería vivir el sueño de un socialismo sin violencia con igual respeto por todos.

Era por Dios y por el Evangelio. Sufrió, desterrado por algunos años, hasta que volvió a Talca.

Hizo otro intento de vida contemplativa y estuvo cerca de un año tratando de ser monje trapense.

Regresó a Talca, su ciudad, y siguió celebrando la Eucaristía todos los días, a la hora que fuera. "La misa era su oxígeno" y ahí encontraba valor y fuerza para seguir sirviendo.

En alguna ocasión después de una fuerte discusión partió a celebrar misa; de repente regresó, le dio un fuerte apretón de

mano a la persona con la cual había discutido y le dijo "no puedo celebrar la misa si no estoy en paz con Ud.". Cumplió el consejo de Jesús "si vas a ofrecer algo a Dios y no estás en paz con tu hermano, deja la ofrenda en el altar y anda a reconciliarte con tu hermano".

Así era Guido, con inmenso respeto e hijo fiel de la Iglesia. El rezaba diariamente "el Breviario" ese libro con los salmos que rezan los sacerdotes y era escrupuloso en realizar esta oración.

Romántico como Don Quijote y realista como John Wayne, el de las películas del Oeste.

### **Un sacerdocio encarnado.**

Guido era sacerdote hasta la médula y su amor por el sacerdocio era conmovedor.

En 1968, y en los años siguientes se produjo una gran crisis sacerdotal por no estar clarificado lo que significaba la tarea de un sacerdote.

Muchos amigos dejaron el sacerdocio y Guido me dijo "Ud. se quedará porque es vasco y yo me quedaré porque soy bretón". Aludía a la tozudez y porfía característica de los descendientes de vascos y de bretones.

Guido era de cabeza dura y cuando la plancha de acero de la puerta de un camión le cayó sobre su cabeza no le hizo mayor impacto. Dos días de reposo como medida de precaución; pero su cabeza resistió bien el impacto del acero.

Entendió que el sacerdocio es para siempre y lo vivió con alegría y con esperanza.

Se preocupaba de los enfermos y de la justicia social en un sacerdocio marcado por lo sacramental y por el amor a la verdad.

El estaba cerca de los marginados, de los más débiles. Luchó en varias huelgas en forma activa porque él defendía los derechos de los trabajadores y los salarios justos.

Había nacido en una familia acomodada

del Norte de Francia. Comí con sus padres y alojé en su casa. El era un militar retirado y ella una gran dama.

Sus padres se conocieron siendo ella hija del diplomático. Sucedió en Oriente, creo que en Egipto o en Grecia.

Eligió el sacerdocio en forma sorprendente para sus padres y hermanos. Vivió siendo sacerdote, con grandes gestos heroicos de virtud y de servicio donde alguien lo necesitara.

Era una vida encarnada en los problemas. No era de grandes frases piadosas establecidas porque él simplemente vivía y creía que Dios lo había llamado a ser sacerdote.

No usaba el lenguaje eclesiástico habitual. Era transparente y sencillo. Estaba orientado por el Evangelio y Jesús era su brújula.

De gran amor por la gente y con una misericordia contagiosa.

Profundamente contrario a lo que fuera totalitario, tal vez por ser hijo de un padre militar, estaba visceralmente en contra todo Gobierno no democrático.

Era un hombre libre, espontáneo. Se sabía lo que pensaba y nunca habló con doblez o verdades a medias.

Extremadamente respetuoso del mundo femenino nunca dio que hablar de alguna situación ambigua en el trato con las chiquillas.

Nunca escuché de ningún enredo o enamoramiento del cura Lebre. Criticaban su carácter apasionado, sus reacciones agresivas en las luchas por el mundo trabajador, sus ideas izquierdistas en el mundo político; pero jamás escuché ninguna crítica contra su moralidad y rectitud.

Tenía libertad de espíritu, era poco convencional en su modo de hablar, no era "garabatero" para decir las cosas por su nombre.

Todo era consecuencia de ser un buscador de Dios profundamente compenetrado de su vocación sacerdotal.

Guido Leuret ha fallecido atropellado por un tren que él posiblemente no vió.

En su vieja camioneta traía a Eduardo, un niño de seis años que había ido a buscar al colegio. Era su ahijado y habían comprado volantines para el día siguiente. Según he escuchado, el niño Eduardo quería encumbrar volantines porque quería subir hasta el cielo.

El Padre Guido Leuret será una leyenda en esta ciudad de Talca. Pertenece al inventario de Talca y es conveniente destacar a quienes en silencio y con amor han dado su vida por servir.

## Guido Lebret: Un Regalo de Dios para Todos Nosotros

*Revista Comunicando N° 52  
Agosto de 2000*

El cura de los pobres, el cura del pueblo, el cura de los débiles, el cura de la miel, el cura obrero, el cura de las prostitutas, el cura futbolista, el cura camionero, "el cura lo todo"...

Calificativos no faltaron al momento de la despedida. El P. Guido Lebret se supo ganar un lugar en nuestra Iglesia y en nuestro corazón, a su modo, en su estilo, reflejando de esta manera su amor a Dios y al prójimo.

A causa de un trágico accidente, el 12 de julio pasó a la Casa del Padre el Pbro. Guido Lebret Guillois, sacerdote llegado desde Francia y que se quedó para siempre en medio

nuestro. Como sacerdote Eudista el P. Guido llegó a la Diócesis de Talca en 1952. En el año '58 creó la Fundación El Despertar, su mayor obra y a la que asistió hasta su muerte. El año pasado había celebrado 50 años de sacerdote. También fue un arduo colaborador del Hospital de Talca visitando "nocturnamente" a los enfermos.

Cuando el cortejo fúnebre pasó por el Hospital fue despedido entre aplausos, vítores, sirenas de ambulancias y pétalos de flores.

*"Él venía al hospital en la noche y le daba su bendición a los pacientes más comprometidos. Dormía un rato en un sillón. Además era muy preocupado del personal del recinto. Sin duda fue un cura santo".*  
(Dr. Rafael Silva, Director Hospital de Talca)

En 5 sur con 10 oriente lo esperaba su casa, su barrio, su parroquia Santa Teresita, su Fundación El Despertar. Lo aguardaron para el último adiós su capilla portátil, su panal de abejas, su miel, su citroneta. Sus

vecinos, sus amigos, lo saludaron con banderas en señal de respeto por este francés de nacimiento, pero chileno de corazón.

Cerca de 4 horas demoró en llegar la carroza hasta el Cementerio Municipal, muestra del cariño de toda una ciudad que lloró su partida al lado del Padre. Se nos ha ido un papá, un amigo, un gran enamorado de Dios, pero su recuerdo y sacrificio serán fuente de inspiración para un mañana mejor, futuro que tantas veces soñó el cura Guido Lebret.

*"Guido fue una especie de poesía. No escribió un poema, pero él era una poesía. Su modo de ser, su sacerdocio, su estilo. Una especie de John Wayne en la Iglesia, como en las películas del oeste. Uno se pregunta que había más allá de este personaje tan interesante... Guido fue un servicio permanente, era un servidor. Su vida fue un servicio permanente. Estuvo lleno de gestos de cariño y de bondad"*

(Mons. Carlos González).

